

NOSOTROS

REVISTA SEMANAL DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

Se publica todos los lunes. — Precio de suscripcion: 4 rs. al mes en Madrid. — Se suscribe en Madrid, librerías de San Martin, calle de la Victoria; La Publicidad, pasaje de Matheu; Bailly-Bailliere, calle del Príncipe; y en el establecimiento tipográfico de D. José Casas y Dias, calle del Lobo, núm. 12. — En Provincias, dirigiéndose en carta franca á la Administracion, calle de Preciados, núm. 52, 5.º, diez sellos de cuatro cuartos por un mes, y treinta por trimestre: suscribiéndose por medio de correspondientes, 18 rs. por un trimestre. — Un número suelto, 2 rs. vn.

NOSOTROS.

EL 7.

ARTÍCULO DE NÚMERO.

Estamos en el número *siete* de nuestro periódico.

El 7 es para Nosotros un número que tiene *gancho*.

Si pudiéramos lograr que lo tuviese para nuestros lectores, publicaríamos un artículo sobre este número cada mes ántes de llevarles el recibo de la suscripcion, para su enganche voluntario.

Así como así, no habia de agotarse tan pronto el asunto; porque el *siete* es un número de historia, un número que ha hecho pensar á muchos filósofos, que figura en una porcion de épocas célebres, y que da nombre á *sin número* de adagios, costumbres y acontecimientos.

El 7 es toda una notabilidad aritmética.

Nosotros, pues, amamos este número, aunque en materia de simpatías Nosotros no tenemos *número*.

Mas consignado este amor, en cualquier semana que se le busque, se tropieza con Nosotros. Todas tienen *siete* días.

Y esto en pié con Nosotros empieza ademas y acaba el año, puesto que á las *siete*, minutos más ó menos, sale el sol en los meses de Enero y Diciembre.

Pudiéramos buscar el origen de nuestro número en las *Siete Palabras* del Redentor del mundo; pero no queremos cometer una in-

exactitud histórica, porque la verdad es que ántes existia en los *siete* candelabros del templo de Salomon, en los *siete* sábios de Grecia, en las *siete* estrellas de la constelacion llamada *Cabrillas*, en las *siete* decenas de semanas de años de que habla el profeta Daniel; en los *siete* capitanes de la conquista de Tébas, que enumera Marco Varron; en los *siete* planetas, en los *siete* colores, en las *siete* solemnidades de los juegos circenses, en los *setenta* años del cautiverio de Babilonia ó de la desolacion de Egipto, de que habla Isaías; y sobre todo, de los *siete* dias que empleó Dios en hacer el mundo. El *sétimo* fué el que dedicó al descanso. ¡Qué mucho que nos enamore el *siete*!

Más basta de orígenes.

Probada está, si la pasion no nos ciega, la preclara cuna de nuestro número.

Los que le quieren hacer venir de las *siete* plagas de Egipto, le calumnian.

Los que le hagan descender de los *siete* vicios, contestados están con sólo decirles que tambien las virtudes son *siete*.

Y cuenta que entre ellos y ellas no hay ningun linaje de parentesco: son dos familias diversas, aunque nuestro amigo Flores las considere *primas hermanas* en una novela.

Por lo demas, y sin seguir escrupulosamente la genealogía del *siete*, fácil es probar con hechos y con citas, la inmensa importancia de este número, que tan gran papel viene haciendo en la historia de la humanidad.

Numero Deus impare gaudet, dijo el poeta.

Siete eran los sellos del libro de la Apocalipsis.

Siete las partes ó *Partidas* en que se divide el Código más completo y romano de los españoles.

Su autor, *D. Alfonso el Sábio*, era tan devoto del *siete*, que llevaba este número en las letras de su nombre, y en su *Setenario* hizo su panegírico.

Siete fueron los infantes de Lara.

Siete siglos duró la guerra de la reconquista, comenzada en Asturias por Pelayo, y terminada por Isabel la Católica en Granada.

Siete Fernandos han ocupado el trono español.

Siete años duró la guerra civil, que acabó en los campos de Vergara.

Hasta *siete* cielos se dice que hay, y *siete* estados de profundidad se dan á la tierra.

Siete son las notas musicales.

Siete dialectos se puede decir que tiene España: catalan, valenciano, mallorquin, *caló*, gallego, vascuence y el franco-español, que cultiva la sociedad *culta*.

No cito el castellano, porque, como es el idioma nacional, dentro de poco no se hablará ni en la Academia.

Siete paseos públicos tiene Madrid, aunque ésto mejor que yo lo saben mis bellas lectoras.

Siete son los Sacramentos.

Siete los Dolores de la Virgen.

Siete los Gozos de San José.

Siete los años de una carrera literaria.

Siete los meses del año cómico.

Siete los Consejeros de la Corona.

Siete las leguas de una jornada regular.

Siete las colinas sobre que Madrid descansa.

Siete las semanas de Cuaresma.

Cuarenta y *siete* provincias tiene España, en una superficie de 15,777 leguas cuadradas.

Sobran algunas horas á los 27 días que la luna tarda en hacer su evolucion alrededor de la tierra, y resultaron *siete*.

Siete son las prendas indispensables á las pollas: miriñaque, corsé, abanico, sombrilla, duquesa, *bouquet* y *album*.

Siete los distintivos del pollo: botines, quedos, junco-látigo, guarda-pelo, espolines, la flor en el ojal, y el puro de á tercia.

Las *siete* es la hora fatal para todos los que

llevan cartas al correo, y hay *Setenarios* y *Siete Durmientes*.

Siete se le llama á cualquier roto ó rasgon, y dice un adagio, que más vale un roto que un descosido, lo cual será sin duda por lo del *siete*.

Así como en Granada hay una torre de *siete* suelos, hay, sin necesidad de ir á la ciudad árabe, muchos pícaros de *siete suelas*, *políticos* como ellos solos.

Multiplícad el *siete* por nueve, y tendréis el año de la muerte de Aristóteles.

Pitágoras tuvo dos manías: la de la trasmigracion de las almas, y la de los números climatéricos, que eran todos aquellos en que de algun modo se combinaba el *siete*.

Segun el filósofo, la combinacion era fatal, sobre todo, en los años.

Para Nosorros, todos estos cálculos están en *griego*.

¿Qué importa que la suma de dos *sietes* dé el año 14, ni la de cinco el 55, ni la de seis el 42, ni la de ocho el 56?

Todo esto, al fin, tanto tiene de ágrío como de dulce.

Dejando, pues, antigüedades, concluyamos las observaciones sobre nuestro número.

Parecidos al *siete* en la forma, son una porcion de instrumentos músicos y agrícolas y de artes mecánicas.

Juntad dos *sietes*, volviendo uno, y tendréis el signo de la Redencion.

El *siete*, por último, se encuentra en todas partes, en la historia, en las costumbres, en las ciencias, en la industria, en las artes, en los vestidos, y hasta en la *hoz* de la *Parca fiera*.

Un borracho empinando la botella ó la bota, es un *siete*.

Un pollo fumando un veguero, idem; un soldado ó un cazador apuntando; un general haciendo indicaciones con su espada; un marino, ó un astrónomo, ó un montero, anteojo ó bocina en mano; un músico tocando el cornetín ó el clarinete; las pollas señalando un objeto con el abanico; y todos los hombres bien educados haciendo cortesías, son *sietes*, son daguerreotipos, ó bocetos, ó parodias de nuestro número.

Véase, pues, cómo bien merece que, en prueba de nuestro amor, hayamos dedicado un artículo á un número á quien Madrid ha dedicado un arco de triunfo en la plaza Mayor.

Si, á pesar de todo esto, nuestros lectores consideran esta muestra de nuestro cariño pecador literario, añádanlo á los *siete* capitales, y se librarán del número.

Juan A. Viedma.

EL ÁNGEL BUENO.

(Conclusion.)

III.

Cuando Luis pudo volver á entrar en su cuarto, eran más de la seis de la mañana. Sentóse delante de una mesilla de pino, y despues de escribir un corto rato, llamó tranquilamente á la dueña.

—Señora, la dijo al verla aparecer; V. ha sido hace muchos años para mí una segunda nodriza.

—¿Cómo, caballero?

—Sí: V. me ha alimentado y servido con el interés más tierno; ha acudido á todas mis necesidades, mientras yo desatendía las de V.; ha hecho por mí cuanto ha estado en su mano; y si alguna vez me ha pedido dinero, ha sido por no poder pasar por otro punto.

—Es verdad.

—Pues bien; ha llegado la hora de la recompensa. Dentro de poco me aguarda un duelo, donde encontraré tal vez la muerte.

El ángel se estremeció, y al apoyarse en la mesa, derribó el tintero sobre unos manuscritos.

—Si esto sucede, prosiguió el jóven, quiero que V. conserve de mí algo más que el recuerdo de mis calaveradas.

Y Luis sacó y puso sucesivamente sobre la mesa:

Una pluma, regalo de una actriz de teatro casero, adornada con muchos avalorios y unas florecitas imitando pensamientos.

Una zarzuela en dos actos, sin música, titulada *Los trabajos de Hércules*, cuyos versos imitaban también pensamientos.

Una pistola de dos cañones, descompuesta, con unas iniciales que no eran las suyas.

Y un retrato de mujer, encerrado en un medallón de plomo, que se conocía no era el primitivo.

El ángel sonrió tristemente al ver este retrato, que tenía una notable semejanza con su rostro.

—Hé aquí, dijo el mancebo, reuniendo estos ob-

jetos, lo que regalo á V., sea cualquiera mi fortuna, para que conserve algo de mí; en cuanto á lo demas, en este papel están escritas mis instrucciones.

Y dió una carta á la patrona, que salió de la habitacion murmurando con las lágrimas en los ojos:

—¡Pobrecillo! ¡Yo hubiera querido, y esperaba morir á su lado!

Serían las siete cuando los amigos de Luis se presentaron en su casa.

—En marcha, dijeron á una voz; el coche nos espera.

—¡Ah! exclamó Luis con cierta alegría; vamos en coche.

—¡Oh! murmuró el ángel, subiéndose en la trasera; yo le salvaré.

A las siete y media el carruaje paraba junto á la venta del Espíritu-Santo. Ya estaban allí el contrario y sus padrinos.

—Caballero, dijo Luis, mientras los testigos preparaban las armas; sea cual fuere el resultado de este lance, quiero que conste que la provocacion de V. fué una cosa impremeditada.

—No, señor, replicó secamente el aludido; eso es tan falso como los napoleones de V.

—¡Basta! gritó uno de los padrinos; ahora se arreglará todo eso.

—Oid, dijo el adversario de Luis á éste, llevándole aparte; os aseguro, á fé de Juan Salcedo, que no es la cuestion de anoche la causa de mi enemistad con ese hombre.

—¿Pues cuál?

—Sus pretensiones hácia una mujer que me ama.

—Tanto peor.

—Ya están cargadas las pistolas, caballeros, interrumpió una voz á la izquierda.

Luis y Salcedo se encontraron frente á frente. Era la primera vez que se veían. Más aún, no se habian visto nunca, ni se veían tampoco esta vez.

Antes de llegar el momento supremo, el ángel bueno de Luis abrió las alas y se colocó sobre los dos combatientes. Su plan era detener el brazo de Salcedo al disparar, evitando de este modo una desgracia. Los padrinos conversaban entre tanto, y la idea de un arreglo corría de uno en otro.

De repente, y sin que hubiera precedido ninguna señal, sonó un tiro, se oyó un grito, y se vieron caer al suelo una porcion de plumas como de perdiz.

El tiro se le habia escapado á Luis. La víctima habia sido el ángel, que recibió el balazo en un

alon, debiendo el no caer á su fuerza sobrenatural. Este desengaño colmó, sin embargo, la copa de su sufrimiento, y alzando el vuelo, abandonó para siempre á su protegido, de quien no recibiera más que desdenes.

En cuanto al desafío, no produjo otro resultado que el anterior. Salcedo desistió de su empeño de batirse, apenas supo que Luis abandonaba la corte.

En efecto, Luis vive actualmente en una de nuestras principales provincias, donde se ha conquistado gran fama de poeta, y donde, al referir á sus amigos el lance de su desafío, cuenta, enseñando unas plumas, que para hacer ver su habilidad á su adversario, disparó el tiro apropiado sobre una águila que cruzaba el espacio.

Salcedo es hoy militar, y hace algunos meses se ha casado con Lola, la vecina que fué de Luis, y que ya le amaba ántes de su duelo con éste.

Lola es hoy admirada por sus virtudes, gracias al ángel, que se ha propuesto no mezclarse ya en negocios ajenos, y sobre todo de Luis, á quien ha prestado hace poco el último favor; recoger el alma de su patrona, que murió de un constipado leve, y llevarla á donde están las de los escogidos.

Cuando al repasar la lista de los amigos ausentes á quienes no hemos visto hace años, se pronuncia el nombre de Luis, no falta quien diga, al referir sus locuras y pensar en su brillante porvenir:

—¡Qué cambio tan notable! ¡Preciso es que ese muchacho esté acompañado de un ángel bueno!

Manuel del Palacio.

RÁFAGAS.

La razon es una olla de dos asas; se puede coger por la derecha ó por la izquierda.

Llamas á tu drama *El Hielo*
Y es en el polo la escena:
Gran éxito te aseguro,
Si lo ejecuta Romea.

Habia en Paris un aprendiz de literato, que dió en la manía de saludar á todos los grandes hombres.

Un dia encontró en la calle á Alejandro Dumas, y se dirigió á él exclamando:

—¡Hola, Alejandro! ¿cómo estás?
El novelista lo miró de arriba abajo, y respondió:
—Bien, chico: ¿cómo te llamas?

Comprendo, caro lector,
La fortuna de Avenel:
Todo lo comprendo en él,
Hasta la voz de tenor.

Comprendo gritas, silbidos,
Que su voz abra mi boca;
Mas ¿cómo, siendo tan poca,
Me hace tapar los oídos?

Hay algunos escritores, cuya fecundidad se parece á la de aquellos charlatanes que sacan y sacan varas de cinta por la boca.

Un cantante, al mirar cierto periódico,
Amarillo se puso é hidrofóbico,
Y á causa del esceso,
En la garganta le salió un divieso.
¡Artistas! no enfadarse;
Porque el divieso puede presentarse...

En un nuevo plan de estudios, que verá muy pronto la luz pública, aparecerá, segun nos aseguran personas muy bien informadas, una nueva carrera: la de crítico. Se exigirá, nada más que como preparatorio, lo siguiente:

- 1.º Que aunque el aspirante emprenda la carrera, no corra.
- 2.º Que tenga 8 piés de altura, y si puede, 8 pares de piés para aplicar sus puntas.
- 3.º Ser doctor en gimnasia.
- 4.º Correr diez leguas con una armadura antigua y un carnero á cuestas.
- 5.º Descabellar toros á la primera intentona con las manos.
- 6.º Ser maestro de toda clase de armas.
- 7.º Criticar á un actor malo en prueba de valentía.
- 8.º Probar que es verdad todo lo que Dumas nos refiere de Porthos.

Con estos ligerísimos rudimentos, se podrá entrar, y no como adulto, en el primer año.

La carrera durará diez.

Una vez terminada, podrá uno entrar á gacetillero en un periódico ministerial, sin meterse con nadie.

Los huesos en silueta,
Pálido, seco, fiambre,
Tal bosteza allí un poeta,
No de fastidio; de hambre.
Juan, á quien el caso choca,
Le pregunta:—Amigo mío,
¿Por qué abres tanto la boca?
Y dice el vate:—De hastío.

¿En qué se parece el teatro de Novedades á una soga?
—En que siempre quiebra por lo más delgado.

¿Y la ejecucion de *Simon Bocanegra* á la espada de Dámocles?

—En que está pendiente de un *cabello*.

Una zarzuela de Olona
Se anuncia con tono enfático:
Apolo, dime, y perdona,
¿Qué fué del arte dramático?
—Está durmiendo la mona.

La comedia estrenada últimamente en el Príncipe con el título de *Un suegro*, podrá ser todo lo buena que la

empresa juzgue conveniente, pero no ha gustado á los señores.

Los esfuerzos hechos por Fernando Ossorio para salvar esta obra, sólo han servido para demostrarnos una vez más, que cuando un suegro sale malo, no hay más remedio que plantarle en la calle.

Nosotros.

POESÍAS.

Entre los premiados en la esposicion de pintura, el último ¡es verdad! de los últimos del último término, es el Sr. Valdeperas, por su cuadro de *Susana en el baño*. Aun así, es de tal bulto esta injusticia, que no podemos menos de trasmitir á nuestros lectores el epigrama que la vista de este cuadro inspiró á uno de Nosotros, á quien otro preguntó:

—¿De quién es?

Respondió: Valdeperas fué el autor;
¡El cuadro es... malo de veras!
Y sólo prueba en rigor,
Que en el valle de estas peras
No es más que un olmo el autor.

Mariano Z. Cazorro.

CUENTO.

En una modesta villa,
Cuyo nombre no diré,
Por razon de que ni aún sé
Si es de Aragon ó Castilla,
Vivió un mozo, en poca edad
Más espigado que un tallo,
Que era en sus tiempos el gallo
De toda la vecindad.

Con su apostura bizarra
Ningun otro competia,
Y á los más fuertes vencia
En la lucha y á la barra.
¿Quién, bailando, su destreza
Supo esceder ni igualar?
Nadie: en Juan era el bailar
Segunda naturaleza.

Con esto y con una viña,
Cuatro solares y un soto,
Y tras rico, maniroto,
Era el coco de las niñas.

Digo mal: es condicion
Humana, que nunca yerra,
Que no haya cosa en la tierra
Que no tenga su escepcion.

No léjos de nuestro Juan,
Al mismo tiempo vivia
La linda Rosa María,
¡Bocado de mazapan!

Era la moza completa,
De mucho rumbo y donaire:
La habló Juan, sufrió un desaire,
Y Juan perdió la chabeta.

Hasta aquel momento, el mozo
No supo lo que era amor.
Perdió el sueño y el color,
Y el apetito y el gozo.

Hubo, como es natural,
Rondas; ¡diligencia ociosa!
Nada pudo hacer á Rosa
Bajar de su pedestal:
Nada lograron los padres,
Codiciosos como viejos;
Ni aprovecharon consejos,
Ni cábalas de comadre.

Las músicas fueron vanas;
Inútil fué la querella:
Todo lo oyó la doncella
Como quien oye campanas.

Ni el amor ni los placeres
Perturbaban su quietud.
¿Era sistema ó virtud?
¿Quién entiende á las mujeres!

Viendo que tales extremos
No mellaban su altivez,
Apeló Juan de una vez
A los remedios supremos.

Al mirarse hecho un retablo
De duelos, triste y sin calma,
Resolvióse á dar el alma,
Con horror lo digo, ¡al diablo!

Creyendo alcanzar merced,
Su memorial, como es uso,
En un agujero puso,
Abierto en una pared.

Tardó el día á su impaciencia;
Mas cuando el papel sacó,
Pobre mozo, se encontró
Con esta inícua sentencia:

«¡Noramala para él!
¿Rosita? ¿Rosa María?
Para mí la tomaria.»
Y lo firmaba: «Luzbel.»

—Por fin, se aclaró el arcano:
A otro día, aquella Rosa
Inflexible, desdeñosa,
Huyó con un escribano.
Súpolo Juan, y exclamó,
Remesándose el cabello:
«¡Estaba empeñado en ello!
Al cabo se la llevó.»

A. García Gutierrez.

EN UN ALBUM.

Del árbol misterioso de la vida,
Niño inocente, me dormí á la sombra
En sueño seductor.

Y al dar á la niñez la despedida,
Puso á mis piés el árbol por alfombra
Los frutos del dolor.

Tú á su sombra lograstes en la infancia,
Libre siempre de penas y de agravios,
Asilo bienhechor.

Y hoy sus hojas te dan dulce fragancia,
Y sus ramas ofrecen á tus labios
Los frutos del amor.

Manuel del Palacio.

REVISTA DE TEATROS.

Alegre estoy, ¡vive el cielo! queridos lectores. Es tanta mi alegría, que, en obsequio á ella, nada os diré de la ejecucion del *pirata* por Romea. Mientras que éste se hallaba dando tumbos en el Mediterráneo, las demas empresas enviaron al Sueño, que tambien es hijo de la noche, á reunirse con su hermano; y sacudiendo la pereza, escribieron: *¡funcion nueva!* en sus carteles. Dos de estos aparecieron en un mismo dia: el uno anunciaba las *Aves de Paso*, en Novedades; el otro, *Un suegro*, en el Príncipe.

Era el primero original. Era el segundo *imitacion*. No dudé un momento, y dejando al *Suegro* para mejor noche, dirijíme de muy mala gana á *Novedades*, teatro contra el cual, á pesar de ser crítico y todo, tenia yo mis prevenciones.

Llegué á él jadeando, ocupé mi butaca, se alzó el telon, y sorpresa tras sorpresa, emocion tras emocion, aplauso tras aplauso, ví deslizarse cuatro actos, que me entusiasmaron hasta el punto de ser público, de alborotarme como éste y pedir que se presentase su autor, el Sr. Rivera.

En aquel momento me dije: «La juventud está de enhorabuena. Uno de sus miembros ha rasgado con robusta mano el manto con que la desgracia y la orgullosa prevencion encubrieron su genio. Ya hay en España otro autor dramático; ¡corramos á saludarle!»

Esto pensaba y esto decia; ¡infeliz de mí! Me olvidaba de Nosotros. Olvidaba que no podia entregarme en alas del entusiasmo, que debia ponerme en guardia contra mí mismo, y decir «párate» al corazon que palpita, «enfriate» á la ardorosa inteligencia. Olvidaba, en fin, que era aprendiz de crítico, y que no podia, por consiguiente, dejar á mi sensibilidad que sintiese, sin previo permiso de mi inteligencia.

Figúrate, caro lector, que una mujer te entusiasma; que tiene divinos ojos, divina boca, divino cuerpo, divino pelo, y... humana nariz. Figúrate ademas que eres académico de San Fernando, y que se verifica una esposicion de mujeres. Se espone tu amada. Tus colegas y tu conciencia te dicen que tu amada tiene la nariz fea, y, que quieras que no, te ves obligado, so pena de faltar á tus deberes, á confesarlo, censurarlo y escribirlo.

Tu disgusto sería grande, ¿no es cierto?... Pues igual es el mio en este momento.

Para hablar del drama, tengo que suponer primero que el lector lo ha visto. Esta suposicion me la aconseja el regente.

Supuesto esto, les preguntaré si, lo mismo que yo, no han reparado en que Clementina, á pesar del carácter que representa, no pone en juego los medios de que puede disponer. Tales son la seducccion, la coquetería y esos mil recursos á que recurren las mujeres del plan y costumbres de la criolla.

No estamos por que hoy, como ántes, se tenga presente, para escribir una obra, más la ignorancia del pueblo que su ilustracion; pero algo se debe conceder á la escena. El Sr. Rivera se contenta con decir al público: «esta mujer aviva con sus miradas el fuego del amor, se venga en muchos del mal que le hizo uno solo;» pero el público no ve las artes que Clementina emplea para llegar á

su fin. No se le prueba con el ejemplo lo que se le dice.

Hubiera sido tambien mejor que se presentase á exigir correccion en Clementina, una persona más autorizada que el hombre culpable que causó su desgracia.

Si hubiésemos escrito las presentes líneas la misma noche del estreno, hubiéramos censurado la conducta de Arellanos, cuando al terminar el cuarto acto, viendo á Clementina humillada y abatida, ni siquiera da muestras de arrepentimiento, recordando la conducta que con ella habia observado. Pero la modestia del Sr. Rivera nos escusa tal trabajo: basta que sus amigos le hiciesen una indicacion, para que se apresurase á corregir aquella falta. El carácter de Arellanos es, á nuestro parecer, el más defectuoso de la obra.

Pero, en cambio, ¡qué versificacion más fluida! ¡qué pensamientos más tiernos, más atrevidos! ¡Cuánta ternura en el alma de Dolores, que se revela al instante, en la primera bellísima escena del primer acto!

¡Cuánto entusiasmo se encierra en los siguientes versos que dice Fernando á el Coronel!

Pues bien, yo he soñado, sí,
Con la gloria, los laureles,
¡Y maldigo los pinceles,
Si he de vegetar aquí!

De la gloria al estandarte
Tender arrogante el vuelo,
Y de Italia bajo el cielo
Robar el secreto al arte.

¡Roma! la blanca paloma
Del arte, me está llamando,
Y yo estoy, señor, soñando
Desde mi niñez con Roma.

Eso es caminar en pos
De lo eterno, en santa guerra,
Dejando un rayo en la tierra
De la corona de Dios!

En la escena 5.^a del segundo acto, pregunta á Clementina si no ha amado nunca; ésta le responde:

Una vez mi infancia pura
Entre sueños vislumbro
Una centella perdida,
Que del árbol de mi vida
Quemó una hoja, y pasó.

Al describir el amor Fernando, lo hace de este modo:

Es que el amor es la vida
Con sus penas y placeres:
Cadena que ata los séres,
Y está con el cielo unida!

Nadie su poder negó,
Porque ya desde el nacer,
La mitad de nuestro sér
Ama á quien el sér nos dió.

Es luz que el alma ilumina
Con su ardiente claridad,
Es una dulce verdad
Ó una mentira divina.
Es, en fin, el fuego interno
Que Dios concedernos quiso
Para ver un paraíso
Por las puertas de un infierno.

Dice que no ha podido olvidarla ni en las orgías, porque

¿Y qué hacer cuando impotente
Es el pensamiento ciego,
Solo corona de fuego
Que ciñe y quema la frente?

La escena 2.^a del cuarto acto, entre Dolores y Clementina, es tan bella, que quisiéramos insertarla toda. Oigan unos cuantos versos nuestros lectores:

DOLORES. Pero mi pena es mejor
Que los goces de este mundo.
Brotan las lágrimas mías
Por el bien que ausente adoro,
Y son fecundo tesoro
De dulces melancolías.
Este llanto es.
Dicha que á nacer empieza
Donde otra muere quizás.
¿No ha sentido V. jamás
El placer de la tristeza?
Cuando en lánguido desmayo
Cruza el sol los horizontes
Y deja sobre los montes
La luz de su último rayo,
El afán que entónces llena
El alma en ternura santa
Es la tristeza que encanta,
Es el placer que da pena.

¡Oh! ¡Lástima que no podamos insertar todo lo que sale de boca de Dolores!

Fernando, arruinado, triste, vuelve á su casa, donde le espera el ángel de sus amores, y al verla, dice:

Aunque mi torpe ingratitud es tanta,
Antes de entrar, en mi dolor profundo,
He sacudido el polvo de mi planta,
Cual penitente que al dejar el mundo
Clava sus ojos en el ara santa!

¡Ah! ¡Por seguir tras un placer que abrasa,
Dejé la dicha y el amor en casa!

¡Alma! si el negro porvenir te asombra,
Espía tu caída,
Que no hay un árbol que le preste sombra
Al árido desierto de mi vida.

¿No es verdad que son bellísimos, lectores? Pues sin embargo, la empresa del Príncipe no quiso leerlos.

Estas contrariedades vienen hoy á aumentar la legitimidad del triunfo del Sr. Rivera, al que, como sinceros amigos, le aconsejamos que no desmaye y que trabaje con fe y conciencia; porque en su segunda obra dramática, la crítica tendrá derecho á presentársele tan severa, como hoy risueña. Hoy le alienta, mañana le exigirá lo que de su talento se prometió. Entretanto, Paco Neyn da la enhorabuena á él y á la empresa.

En cuanto á los actores, sólo tenemos que repetir lo que nuestros colegas políticos han dicho. El Sr. Zamora, con todo el fuego y entusiasmo de la juventud, acogió el drama, lo repartió, lo ensayó y lo puso en escena. Es tan grande el interés que la Sra. Rodríguez y los demás actores ponen en la ejecución, que omitimos ciertas observaciones en gracia del buen deseo. Sin embargo, diremos que la Sra. Rodríguez tiene momentos en que interpreta completamente el pensamiento del

autor. Del Sr. Zamora y demás artistas, aceptamos lo dicho por nuestros colegas.

Fáltanos ahora dar la enhorabuena al teatro del Príncipe.

En efecto, la obra que en este teatro se puso en escena, fué como su título. Parece que un suegro ha escrito el arreglo, y no la imitación de *Un suegro*. Gracias á los grandes esfuerzos y admirable ejecución del Sr. Ossorio, el público no demostró su disgusto.

Pero el papel se llena de letras, y aún nos espera el coliseo de Jovellanos.

El viérnes se puso en escena la zarzuela titulada *Azon Visconti*, letra del Sr. García Gutierrez y música del Sr. Arrieta.

El libreto del Sr. García Gutierrez abunda en bellísimos y delicados detalles; la versificación es suya, y en los cantos es donde demuestra toda su alma de poeta; cada trozo es un bellísimo modelo. Hé aquí la prueba:

ANGÉLICA, que viene por el fondo, sola.

Al mar tendido
Ya el sol declina:
Busca su nido
La golondrina:
Convida al sueño
La tarde en calma,
Y está ausente mi dueño,
Y estoy sin alma.

En la escena 20, dice un coro:

Caras selvas, silvestres montañas,
Alegres cabañas—asilos de amor,
Quien así de vosotros se aleja,
El júbilo os deja—se lleva el dolor.

Y lo mismo todos.

El conjunto de la obra no corresponde, según nuestro pobre juicio, á lo excelente de los detalles. A causa, sin duda, de lo que para la representación se ha suprimido en el libreto, se hacen oscuras algunas situaciones que el público no se explica á tiempo.

La música tiene piezas inspiradas y tan bellas como el duo y el magnífico cuarteto del primer acto, un coro lleno de gracia y vis cómica en el segundo acto, y un duo de barítono y tenor en el tercero, que, por lo raro y bien escrito, cautivó la atención del público. Hay otras piezas en la obra, que, aunque bien escritas é instrumentadas, les falta inspiración.

En la ejecución estuvieron á gran altura la señora Mora y el Sr. Obregon. Ambos caracterizaron perfectamente sus respectivos papeles, y se atrajeron justos aplausos en la parte de canto. El señor Caltañazor nos probó que es todo un artista, por más que alguna vez transija con el público. La Srta. Murillo había abandonado el lecho para asistir á la representación, y nos abstenemos, por consiguiente, de formar nuestro juicio. Lo mismo hacemos con el Sr. Salces, que esperó una repentina bronquitis.

En los dos últimos actos se estrenaron decoraciones.

El mérito de ellas fué en crescendo. La empresa merece los mayores elogios por su actividad y desvelos, en cuyas cualidades supera á todas sus hermanas.

Hé aquí todo lo que ha pasado, lectores. Quisiera haber podido dar algunas dentelladas. Dios quiera que siga así mucho tiempo tu amigo

Paco Neyn.

MESA REVUELTA.

Nuestro buen amigo el Sr. Alcaraz ha terminado un drama en tres actos y en verso, titulado: *Calderon*.

Deseamos que las empresas de los coliseos de esta corte lo lean, sin pretestar *comités* como en el de marras.

(Aludimos á las *Aves de paso*.)

Parece que el tenor Gonzalez no se ha arreglado por fin con el Sr. Salas, y continúa sin ajuste hasta ahora.

Lo sentimos de todas veras; porque creemos que en la escasez de tenores que se advierte en el teatro de la Zarzuela, á pesar de haber tres ajustados, no vendría mal el Sr. Gonzalez.

Cuando ménos, serian pares.

El Sr. D. Carlos Frontaura escribe una zarzuela que pondrá en música el aplaudido autor de *Los Magyares* y *El Valle de Andorra*.

¡Por Dios! Carlitos, que no tenga que decirte: Tres eran tres las hijas de Elena...

¿Has comprendido?

En Parma ha sido obsequiada Mme. Ristori con una medalla de oro, en la cual están grabadas las palabras del conde Jacques Santivale: *Honor á ti, que honras al arte y á la Italia*; y en el dorso: *Adela Ristori, los habitantes de Parma en 1858*.

Advierto á nuestros lectores, porque habrá algunos que no lo sepan, que Parma está en Italia.

Se está ensayando en el teatro Italiano de Paris, *Il Giuramento*, ópera del maestro Mercadante.

Su ejecucion está confiada á los Sres. Mario y Graziani y Mmes. Alboni y Penco.

Juramento he hecho de ser pobre, y me salgo con ella.

Segun hemos visto anunciado, la empresa del teatro de Balon, en Cádiz, cuenta con la Srta. Amalia Ramirez, para que tome parte en algunas funciones.

Tambien nos han asegurado que, en vez de zarzuelas, canta ahora tonadillas.

Lo mismo da.

La señora doña María del Pilar Sinués de Marco, acompañada de su esposo, ha presentado á la Reina un ejemplar manuscrito de la obra que, con el título de *La ley de Dios*, ha escrito y dedicado á la Serma. Infanta doña María Isabel de Borbon.

¡*La ley de Dios*! ¡cuánta falta hace que se observe!

Los tres primeros premios concedidos á los artistas que más se han señalado en la última exposición de bellas artes, han recaido en los señores D. Eduardo Cano (El entierro de D. Alvaro de Luna); D. Antonio Gisbert (Felipe II bendiciendo á sus hijos); D. Carlos de Haes (Paisajes).

¡Así debía ser!

La jóven y hermosa Mlle. Caroline Charles, discípula del célebre tenor Duprez, acaba de hacer

un brillante *debut* en el teatro de Toulon, en el papel de Rachel en la *Juive*.

¡Hermosa! ya no puede ser mal artista: trasladó á la Lemann.

El célebre Bosco está haciendo de las *suyas* en Valencia.

Por eso el público le silba.

El maestro Verdi debe hallarse á esta hora en Nápoles, en donde va á poner en escena *Simon Boccanegra*.

En el mes de Diciembre marchará á Roma para dirigir los ensayos de su nueva partitura *Un ballo in maschera*, en el teatro de Apolo.

Viaje en buen hora por Italia, mientras tengamos en España al director *absoluto* Sr. Urries.

En el teatro principal de Barcelona se ha puesto en escena, para el *debut* de la Sra. Basseggio, la ópera *Nabuco*, y en el Liceo, para la primera salida del Sr. Roveres, la *Linda de Chamounix*.

¿Se habrá estrenado el Sr. Roveres entre dos luces, como el Sr. Marin en el teatro de Jovelanos?

Ha muerto el periódico el *Perú*, y en su lugar ha nacido otro: *La Union*.

¡Morir y nacer! ¡¡Cosas del mundo!!

En los periódicos de la Habana hemos leído que en dicha ciudad se ha puesto en escena con gran éxito, un drama del Sr. Palomino, titulado: *Rosmunda*.

Segun nos han asegurado, aunque el drama fué bajo un sobre, el director de la compañía se dignó leerlo.

¡Hasta los directores son inocentes en la inocente América!

Ha vuelto á publicarse en Lisboa el apreciable periódico titulado: *Revista dos Espectáculos*.

Quedo enterado: aprobado, y devuélvase.

Próximamente se verificará en Paris, en el Faubourg Saint-Honoré, una ceremonia bastante curiosa. Será la colocacion de la primera piedra de la capilla rusa, la cual recordará la capilla griega construida en Viesvaden para servir de tumba á la primera mujer del duque de Nassau, hija de Nicolás I.

En el interior habrá pinturas al fresco, y en el exterior dos cúpulas doradas sostenidas por cadenas. Será un pequeño Kremlin.

Si no asisto á la ceremonia... será por falta de intereses.

Ha muerto de repente en Angers el célebre pintor Mr. René Cadeau, conocido generalmente bajo el nombre de Cadeau d'Angers.

¡Ah! bien dijo el sábio:

Palida mors pulsat æquo pede

Tavernas pauperum regumque turre.

Santiago Infante de Palacios.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, Manuel del Palacio.

MADRID—Establecimiento tipográfico de J. CASAS Y DIAZ
calle del Lobo, 42.